

El Instituto de Zorita

A Galiana, Téllez, Pradana, Paço Espadas y tantos otros



Zorita

Amaneció nevado. A media mañana, sentado al calor del brasero, me puse a leer un libro. Me interesaba entonces por los autores rusos. Pero aquel día no lograba concentrarme en la lectura; la nieve se iba apoderando de mi imaginación.

—En el jardín del Instituto estarán jugando con la nieve —pensaba.

Había terminado mi Bachillerato el verano anterior.

—Ya no puedo ir allí —seguía pensando—. Sería un extraño. Ya no soy estudiante. Ahora soy un hombre.

Deslizándose sobre la blancura del patio, a través de la ventana, llegaban los recuerdos. Apenas hacía un año desde que reñimos furibunda batalla en defensa del jardín del Instituto. También había nevado. Nos atacaban los estudiantes de Comercio y de la Academia. (Entonces la Academia estaba donde hoy la Escuela del Magisterio). Cuando arreciaba la lucha acudieron las chicas en ayuda nuestra. Ellas hacían bolas de nieve, las amontonaban, y así nosotros disponíamos de abundantes proyectiles. Los profesores nos animaban a la pelea desde una ventana. Don Andrés Ramiro, don Teo, don Eusebio el director... Zorita, el bedel, vigilaba en la puerta, por si tenía que proteger una retirada.

Otro día de nevada, un par de años antes. Nos deslizábamos sobre la nieve que cubría el pasillo del jardín. Colocado uno en cuclillas, otros dos lo asían de cada mano y lo arrastraban a todo correr. Al entrar a clase Zorita nos propinó buena regañina. Era clase de dibujo. Hube de salir indispuerto; el frío me había cortado la digestión del desayuno. Mis compañeros se reían; Zorita había tenido razón.

Zorita era el típico bedel; bueno, amigable y gruñón. Bajito, más bien cenefo, con ojillos azules de mirar astuto. Llevaba gran mostacho de guías largas, ligeramente retorcidas. Cuando queríamos embromarle, el

mostacho era motivo muy a propósito.

—¿Que se levanta usted a media noche, para subir al Observatorio? —le decíamos. ¡Qué va a levantarse! Usted lo que hace es sacar un dedo fuera de la cama.

El comenzaba a enfurruñarse.

—Ni eso siquiera. —Seguíamos, burlones redomados—. ¡Las guías del mostacho!, esas sí que asoma usted. Si se le ponen lacios de humedad el parte meteorológico dirá: intenso temporal de lluvia; si nó, buen tiempo.

El enfado alcanzaba entonces su punto álgido. Le habíamos tocado en su flaco, el observatorio. Zorita era esclavo de su observatorio. Subía allí cuantas veces fuera necesario, durante años y años, un día tras otro, cada mañana, a las nueve en punto, llevaba el parte a telégrafos en una maletita de madera. Cuántas mañanas lo encontré yo, siempre con su maletita de la mano. El observatorio era las niñas de sus ojos.

El libro seguía ante mi vista. Pero las letras se habían transformado en imágenes de mil sucesos vividos en mis años escolares. ¡Cuántas travesuras!

En mi memoria, Zorita buscando la clase desde donde le llamaban. Habíamos puesto un trozo de tiza entre la pizarra y el botón del timbre y la llamada se prolongaba interminable. Al fin lo descubrió.

Muchos años antes... —Los recuerdos crecían en mi mente y se amontonaban, como los copos de nieve sobre el patio—. Zorita y Rivero repartían las papeletas de fin de curso. Aún existía la emoción de las papeletas en mis primeros años de bachillerato. Subidos sobre un banco, en la galería, los bedeles iban gritando nombres y más nombres. Al oír el

nuestro nos precipitábamos a recoger la papeleta. Unos corrían, dando saltos; las notas eran buenas. Otros se retiraban cabizbajos, pensando en la reprimenda paterna, en el duro verano que les esperaba.

Zorita y Rivero. El primero, castellano viejo. El segundo, manchego, socarroncete y un tantico cascarrabias. Ambos gustaban de la charla con los estudiantes de los cursos superiores, ambos amigos de los estudiantes, ambos buenos a carta cabal. Si era menester, también sabían propinar algún que otro pezozón.

Había otros dos bedeles: Santos, pacienzudo, carialegre, y Damián, joven seriote, muy galante con las chicas. No queda en el Instituto ninguno de los viejos bedeles; ni Damián, ni Santos, ni Rivero, ni Zorita.

Pasaron diez años. Una mañana de verano fuimos a enterrarlo. Yacía en el ataúd sobre un catafalco, en el zagüán del Instituto. En el mismo lugar habían reposado, por unas horas, los cadáveres de algunos catedráticos. No merecía él menos honra. Su nombre era Bernardino, pero hasta su misma esposa le llamaba Zorita.

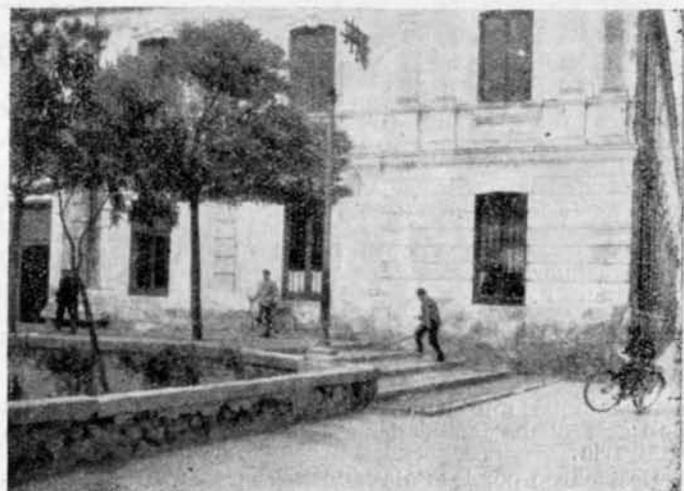
Allí estábamos todos: profesores, viejos y nuevos; alumnos, antiguos alumnos, hijos y padres. Un poco de nuestra hechura de hombres se lo debíamos a él, a Zorita el bedel.

Quando, por la calle de Toledo, lo llevábamos camino del cementerio se iban tras él muchas antiguas ilusiones y buena parte de nuestra vida.

Ahora, sin Rivero, sin Zorita en el zagüán, el Instituto me parece una cosa extraña.

JOSE UBEDA

La fachada del Instituto en la actualidad



La Editorial Calatrava, S. A.—Ciudad Real.